

2021-02-03

El desarrollo como complejización

J. Alberto Silva Rivera

Universidad de La Salle, Bogotá, jsilva@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Silva Rivera, J. A. (2021). El desarrollo como complejización. *Revista de la Universidad de La Salle*, (84), 157-186.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

El desarrollo como complejización*



J. Alberto Silva Rivera¹

*en profundidad, se trata de la misma crisis.
La impotencia del mundo para llegar a ser mundo es
la impotencia del hombre en llegar a ser hombre.
La crisis de la barbarie mundial y la crisis interior
del individuo tienen las mismas fuentes cavernosas.
Los hombres de las cavernas suben de nuevo y
volverán aún a subir de las cavernas del hombre.*
González (1996)

■ Resumen

Con una postura humanista, no especializada, procuro hacer entender el desarrollo como un proceso de los individuos, los grupos y las naciones. Además, a través de algunas categorías conceptuales del pensamiento complejo, busco comprender la trascendencia de la apropiación que debe tener del tema la gente del común, para así producir un auténtico desarrollo.

Palabras clave: desarrollo, complejidad, complejización, principios de complejidad, formación integral, tejido, política, participación.

* Artículo de reflexión.

¹ Docente catedrático del Departamento de Formación Lasallista, especialista en Filosofía de la Educación. Magíster en Docencia Universitaria y excoordinador del área de Formación Lasallista. Autor de varios escritos sobre los temas de la ética y las humanidades. jsilva@unisalle.edu.co

A modo de introducción

Hace unos veinte años, Sergio González Moena, en la Universidad de La Salle, nos pidió hacer un ejercicio de pensar analógicamente la idea del desarrollo, en esa ocasión se hizo en relación con la labor de las campesinas en el arte de hilar y tejer la lana de sus ovejas; el objetivo era permitirnos entender la gran tarea que como especie tenemos: la humanización plena, un tejernos todos en una sola especie. Así, para comprender el tema del desarrollo, convino usar algunas ideas y categorías del pensamiento complejo, además de involucrarlo en nuestras prácticas de vida; también, es válido intentar hacer una comprensión analógica de temas complejos y de urgente actualidad como la política, la educación, la pobreza y muchos otros en una relectura no segmentada ni hiperespecializada, sino sencillamente compleja. Para ayudarme en esta tarea, dos autores serán la fuente de la que continuamente beberé: Pierre Teilhard de Chardin y Edgar Morin, dos sujetos que hacen posible la emergencia de un planteamiento que se reconoce con el nombre de *complejidad*.

La complejidad es *complexus*², lo que a su vez se refiere a tejido, por lo que echo mano del símil de que, así como los hilos son usados en un telar para componer una pieza de tela o tejido, lo que hemos de hacer como especie es formar un tejido para afrontar el reto de sobrevivir en un momento clave como este. Se necesita tejer para formar una ruana, un poncho o unos simples escarpines, pero es *complejo* lo que está tejido, pues conlleva un trabajo articular un producto, pero también sus componentes, es decir, cada uno de los hilos de la pieza o prenda. Esa analogía aterriza y esboza una posible respuesta a la incógnita ¿por qué teniendo toda la parafernalia conceptual que tenemos desde diferentes ciencias no logramos acertar con la solución a la situación real de una falta de desarrollo?, ¿por qué teniendo hilos de oro en nuestras manos de artesanos no logramos un dorado tejido, sino un guñapito?

2 Complejo: *complexus*, de *complecti*; enlazar (s. XVI), compuesto de elementos diferentes (Corripio, 1973). Además, por la insinuación de Edgar Morin en *Introducción al pensamiento complejo*, tejer del latín *texere*; de *tegere*, cubrir (s. XIII), entrelazar hilos para formar la tela (2001).

Así, el aterrizaje se produce desde la analogía, además da cuenta de que estamos partiendo de una concepción equivocada del sujeto del desarrollo: el humano, y del procedimiento: la dinámica social, por lo que propongo una apuesta: en la medida en que afinemos nuestra mirada del sujeto y la dinámica —los hilos y el tejido— podremos obtener un buen resultado. Se trata de afinar, pues en el arte de desarrollar no todo ha sido equivocación.

Por ese tiempo se celebraban los cincuenta años de la publicación de *Populorum Progressio*, de Giovanni Battista Enrico Antonio María Montini, PABLO VI (Pablo sexto), el papa número 262 de la Iglesia católica, y un auténtico líder religioso y humanista pleno, para quien el tema de la humanización fue uno de sus favoritos. Este texto es, a mi parecer, la más exquisita encíclica social:

Es un humanismo pleno el que hay que promover. ¿Qué quiere decir esto sino el desarrollo integral de *todo hombre y de todos los hombres*? un humanismo cerrado, impenetrable a los valores del espíritu y a Dios, que es fuente de ellos, podría aparentemente triunfar. Ciertamente, el hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero, al fin y al cabo, sin Dios no puede menos de organizarla contra el hombre. El humanismo exclusivo es un humanismo inhumano. No hay pues, más que un humanismo verdadero que se abre al *Absoluto*. En el reconocimiento de una vocación, que da la idea verdadera de la vida humana. Lejos de ser la norma última de los valores el hombre no se realiza a sí mismo si no es superándose, según la tan acertada expresión de Pascal, "el hombre supera infinitamente al hombre". (Pablo VI, 1967, n.º 42; énfasis del autor)

Esta encíclica atrevida, que desautoriza a la moral para establecer la justicia diciéndole al pobre que tome lo que le corresponde, y que sentó el principio de que cada vida es un proyecto, ratifica la idea de que el desarrollo implica una mirada a lo personal de cada habitante del planeta; inclusive este documento ayuda si se toma no como una reflexión religiosa, teológica o moralista, sino como un aporte al pensamiento humanista. Además, le da un tinte superior al político, al que le cuesta trabajo prescindir de los intereses propios de su ser. De esta manera, se trata, primero, de formar los hilos —todos y todas, todos y cada uno—, para luego trenzarnos en una armonía no solo estética, sino ética;

PABLO VI (Pablo sexto) quiere proponer que contemos todos y cada uno de los humanos, no solo los países, los pueblos, las naciones, sino la humanidad, a partir de dos focos: el sujeto y la especie a la que no hemos mirado con detenimiento en las propuestas de desarrollo.

En medio de la convulsión que vive el mundo no solo por la pandemia de la covid-19, sino por las incertidumbres de la política y la economía que han emergido con ella —como grandes brechas escandalosas—, busco opinar acerca de lo que nos es más propio: nuestro desarrollo; así, parto de la constatación de que los esfuerzos realizados no se han consolidado de acuerdo con una mayor humanización de la especie. Por tal razón, es importante hacer fuerza y eco, o por lo menos ruido, desde el rincón de las humanidades, para que muchas cosas que se han dicho y en las que se ha insistido se transmitan a las nuevas generaciones, por lo que hay que ofrecérselas como una manera diferente de ver la realidad, otra forma a la que obstinadamente imponen los medios de comunicación y los académicos comprometidos con la sociedad de consumo y el bienestar. Me declaro un humanista cristiano que reconoce que la Iglesia no es el mejor ejemplo de construcción de paz y desarrollo, pero a la que agradezco la leche de la formación rebelde, servida en tazas de teología de la liberación que me ayudaron a mirar en las letras de la *koiné* cristiana un alimento para mi *idion*, en esta *oikoinión* que debo asumir.

En este escrito hay solo dos de las cuatro partes de mi desarrollo original³ sobre esta cuestión. En la primera, “Desenmarañando lo tejido”, denuncié la comprensión y aplicación del tema, y la tarea realizada de modo insuficiente si miramos en retrospectiva lo que hemos hecho con la humanidad políticos, gobernantes, maestros, líderes religiosos, educadores y padres de familia; además, hago énfasis en tomar consciencia de lo crucial del momento y de la relación entre la formación y el desarrollo, una sinergia fundamental.

3 El escrito completo tiene tres extensas partes. Se puede leer completo en: https://www.academia.edu/38584871/EL_DESARROLLO_COMO_COMPLEJIZACION

La segunda parte, "Trenzar el tejido personal", propongo la primera parte de mi tesis: no puede haber desarrollo sin humanización, si no hay focalización en cada uno de los humanos. Si no entendemos que cada uno de nosotros es un "grano de pensamiento", un "grano de consciencia totalizada" en el lenguaje de Teilhard; una hebra para conformar el tapiz. No habrá desarrollo si se sigue la ruta de la homogenización, la homologación, la unisexificación (Morin, 2006) y otras deformaciones que tanto provecho le sacan a un sistema ciegamente obsesionado por la producción y el consumo. Asimismo, es menester entender que la *formación* es un acto personal privativo de cada uno, nadie forma a nadie —parodiando a Paulo Freire para quien era imposible que otro educara a alguien—; cada uno se da su propia forma (autopoiesis) cuando ha llegado a la conciencia de sí, y se reconoce como humano en proceso. Ese formarse propongo asimilarlo a la actividad autopoiética que han planteado Maturana, Luhmann y otros (Silva, 2015).

Nos hemos dado a la tarea de tejer una sociedad sin trenzar los hilos, de modo que por donde quiera se revientan; hemos trenzado nuestras vidas en una consciencia y actitud de egoísmo que rebotan en nuestra calidad de vida, retrotrayendo los efectos del caos social hacia lo personal; por tanto, el producto de nuestro tejer no es una pieza o una cobija que nos cubra, sino más bien un guiñapo, un trapo que para lo único que sirve es para asear, para trapear. Para finalizar, cuestiono seriamente las prácticas de la formación de: la escuela, la crianza, el adoctrinamiento en la religión y la política, y lo hago como pensaría Teilhard, siendo un grano de pensamiento que intenta como una luciérnaga titilar para que otros puedan aprovecharse de esa luz.

Desenmarañando lo tejido hasta ahora

El nudo ciego del desarrollo

Después de la Segunda Guerra mundial, y frente al macabro espectáculo de millones de personas asesinadas, desaparecidas y enloquecidas, podríamos decir que arrolladas por tal acontecimiento social, fueron muchas las voces y voluntades que se unieron para intentar poner un alto a la repetición de

hechos como ese. Fruto de ello es el desarrollo de ideologías, concepciones, codificaciones y legislaciones de un valor incalculable: el pronunciamiento por los derechos humanos, la creación de organismos internacionales a los que les fue definida la misión de evitar situaciones como estas, y un sinnúmero de aportes al humanitarismo.

Sin embargo, cuando se lee desde otra perspectiva, y entre líneas, cabe afirmar que algo está pasando, que pareciera que no se está trabajando en la dirección indicada por la reflexión posterior a la catástrofe; es como si al intentar tejer los hilos, estos no estuvieran libres, sino enmarañados; la visión es la de un nudo ciego en el que no se sabe por dónde empezar. Es innegable que algo está pasando, no es ilusión, porque hay evidencias de genocidios peores a los de los campos de concentración, de arrollamientos similares, solo que esta vez ejecutados de una manera más sutil y silenciosa, pero igualmente cruel y letal, no de un solo tajo, sino de forma sistemática, se mata con: el hambre y el desplazamiento que no ha cesado; la ignorancia o la educación de mala calidad; la exclusión; la corrupción, principalmente de los agentes de lo público. Por lo menos, en nuestro país, ya son muchedumbre los y las que deambulan por los caminos en busca de un lugar que los acoja, y es sistemática la eliminación de personas por medio de tratamientos de hambre. Habitamos un planeta en el que los niveles de contaminación son peores que aquel escape atómico, y ponen en riesgo toda la vida; lentamente morimos en un planeta polucionado al límite y sin modo de invertir el proceso.

Respecto a la pregunta acerca del rumbo de la humanidad, la mirada se dirige a quienes se proclaman los dirigentes del mundo, los responsables más directos, y descubre uno que no quieren, no gestionan en dirección a la corrección de hecho, sino con estrategias dilatorias y discursos encubridores que frenan al desarrollo. Mientras hablan de paz, de desarrollo, de inversión social, rapiñan los últimos recursos y espacios vitales dando la impresión de querer destruir y aniquilarlo todo en un apocalipsis:

Es falso que las instituciones políticas o el Estado se encuentren amenazados. Lo cierto es que no cumplen bien sus funciones y que el clima que generan se vuelve

irrespirable. La guerra de todos contra todos se cierne sobre la vida política, mientras los ciudadanos atienden pacíficamente a sus menesteres particulares. La gente da la espalda a los políticos, no cree en ellos, porque los ve enzarzados en una lucha que no es la suya. Solo esos mensajeros de la vida pública que son los medios de comunicación se muestran cautivos del vocerío político. (Camps, 1996, p. 11)

Desde hace tiempo, es un hecho que su discurso quedó vacío de contenido y sentido. Pareciera que fuéramos ciegos guiados por otros ciegos.

Referente a la misma cuestión, se interroga a los científicos, a los que prestan su conocimiento —que no llega a ser sabiduría— y se confabulan con aquellos poderosos para hacer posible su prevalencia y su ganancia a costa de la muerte y la vida. Es ahí donde está la clave del tema del desarrollo, pues lo que estamos poniendo en juego es la vida humana; no en abstracto, la vida que se hace esplendor en la unicidad y particularidad de cada ser.

Precisando un tanto más el problema

Si hay un término más relativo al pensamiento complejo es *tejido*, por eso propongo el problema a partir de la metáfora del guiñapo, del tejido roto. Un tejido se vuelve guiñapo cuando los hilos que lo constituyen se rompen, por eso la cuestión hay que mirarla desde una perspectiva compleja, primero hologramática: la del hilo roto (lo individual, subjetivo), que no constituye tejido; y la del tejido descompuesto (lo social, cultural), que está así porque no tiene hilos. Luego, en síntesis, está la relación entre el hilo y el tejido.

Rompemos el hilo de la formación y la humanización del individuo cuando instauramos una supuesta educación convertida en mera instrucción o capacitación —poner algo en la cabeza— para el cumplimiento de roles productivos, prostituyendo lo esencial del acto educativo: lo formativo o dar sentido pleno a la vida. También, se rompen cuando en la escuela dejamos a la deriva el papel que debe cumplir: trascender el instruir al formar, para que otras instituciones tengan que hacerlo; y por eso tenemos individuos deformados o demasiado formateados por una sociedad que no humaniza; por ejemplo, cuando la

escuela enseña a trabajar, pero no a trabajar para servir. En fin, cuando la práctica de nuestra ética no es la de la compasión y el cuidado, tal como lo expone Leonardo Boff⁴, rompemos los hilos o los hacemos nudos ciegos.

Rompemos el hilo del amor cuando, conscientemente desde el sentimiento obstruimos la mínima razón emotiva, y nos embarcamos en unas relaciones que empiezan por donde deben terminar: lo genital, y eso nos incapacita para tener verdaderas relaciones de amor⁵.

Rompemos el hilo cuando el *estado* —entendido como el conjunto de empujados que, en determinados momentos, timonean las instituciones de la cultura— no busca el bienestar de los asociados, sino que se instaure como un ente de control de las individualidades; cuando no busca la promoción de las capacidades, sino la inhibición de las potencialidades para que los individuos no puedan competir.

Los harapos del arrollamiento

No vemos un tejido estético y artístico en el cuadro de la humanidad, por el contrario, a nuestros ojos, los de nuestros hijos y discípulos tenemos que presentar vergonzosamente un pingajo o *falappa* en vez de un tejido social. Debemos pararnos frente a nuestra obra, producto de la dirección política que hemos tomado, de las elecciones alienadas y enajenadas que aprendimos a hacer también en lo religioso y lo cultural; de las prácticas investigativas que hemos enseñado; y con vergüenza y culpa hemos de exponer que, en lugar de desarrollar, hemos arrollado en muchos casos a las personas, las comunidades y las cosas que intentan seguir siendo cosmos.

4 Leonardo Boff es un autor que ha dado mucha luz sobre el tema de la ética como cuidado. Algo de su pensamiento está en *El cuidado esencial. Ética de lo humano. Compasión por la tierra* (2002).

5 Al respecto resulta aclaradora la obra de Enrique Rojas *Remedios para el desamor* (1990), especialmente las páginas 133, 150, 185-187, sobre la conyugalidad.

Signos groseros de ese arrollamiento o no desarrollo, además de los mencionados por Edgar Morin, en *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro* (s.f.b), Hans Kung (1996), Leonardo Boff (2002) y Tesyn Giatso (2001) son, en la cosecha personal recogida, que en muchas escuelas:

1. Los niños son altamente competitivos por el efecto del entrenamiento e instrucción de la escuela, pero incapaces de mirar al otro, a no ser con la mirada de la codicia y el aprovechamiento. Son niños incapaces de mediar los conflictos a través del diálogo o la concertación, o de privarse de algo por otro, debido quizás a su incapacidad para leer en el rostro del otro la expresión de desvalimiento y necesidad de cobijo.
2. Personas incapaces de sentimientos, insensibilizados por la sistemática exposición a cuadros de horror que los han convertido en golosos de la sangre. Hemos caído en el juego al dejar que la televisión y otros medios amputen nuestra capacidad de valorar o priorizar; por dinero somos capaces de frustrar los proyectos, las necesidades, los bienes y la integridad de los demás; asimismo, configuramos sistemas económicos que exacerbaban nuestro deseo de destrucción y sometimiento de los demás, para lo que se crea sutilmente toda una estratagema publicitaria.
3. Cuerpos esbeltos y bellos que no contienen esencia humana, o hechos de silicona pensados como carnada para atrapar desde lo más banal hasta lo más sublime que hay en los demás. Pero también cuerpos gordos y deformes por el consumo excesivo de grasas y otras sustancias creadas en la sociedad vanidosa y derrochadora, sin el más mínimo concepto de austeridad o abstinencia.
4. Personalidades neuróticas cada vez más frecuentes en la familia y las organizaciones empresariales y políticas que se fastidian y dedican a incomodar a los demás.
5. Ebrios del consumo que no saben en qué más gastar los recursos que avivadamente han quitado a otros.

6. Seres homogenizados desperdiciados en su unicidad y sin la posibilidad de un cuadro de diversidad; vulgares en su lenguaje procaz agresivo y violento.
7. Enteros y gruesos grupos humanos cada vez más expuestos y vulnerables a enfermedades incontrolables, y al desamparo de sistemas de salud que ha perdido su norte en el cuidado y se han atrofiado como una ulcera por un falso esteticismo que devora todo presupuesto.
8. Individuos más cercanos a la muerte y expuestos a la violencia. Jóvenes confundidos entre el heroísmo y la osadía estúpida, pues creen poseer el poder de enfrentar drogas, vicios y riesgos que los colocan no un pedestal, sino en las puertas del crematorio.

En fin, todo un guiñapo horroroso producto de un modelo de desarrollo que tiene como eje la producción y el consumo; que ha mirado más los indicadores y los resultados en cifras y no los procesos y los agentes; y que ha prostituido la educación dando a los “educados” poderes como el conocimiento y la investigación para destruir.

Pero, si miramos la otra cara, lo social, tendremos que asistir al bochornoso espectáculo de una sociedad expuesta vulgarmente para ser consumida por los buitres, sin piel, sin tejido ético que la cubra y resguarde:

1. Nada de tejido social, solo hilachos de las construcciones. Urbes hechas como para ratas, sin idea de la intimidad o privacidad de las personas. Ciudades atiborradas, con su polución y su derroche en las que lo estético es un remedo y una burla vulgar de lo natural.
2. Producción descontrolada, en serie y contra todo arte o estética, para exacerbar el consumo de lo innecesario.
3. Organización política que en la corrupción tiene su práctica cotidiana, y en la mentira y tergiversación, su hábito. Entes que defienden los intereses de

minorías poderosas que son capaces de llegar hasta los extremos del uso de la violencia o a legalizar y legitimar la muerte.

4. Sistemas de salud que no curan ni velan por la calidad de vida. Medicamentos y alimentos con etiquetas mentirosas hechos no para nutrir, sino para sostener el consumo y la producción.
5. Escuelas que deforman al someter sistemáticamente al entrenamiento de la competencia contra el otro, cuya única tarea es la de instruir y dotar según los códigos básicos para robotizar en la sociedad.
6. Familias prescindibles, modulares, que un día están y al otro no, y que exigen de los hijos malabares para adaptarse a los ambientes psicosociales que generan.
7. Medios de información que no informan, sino que velan y enmarañan las verdades según los intereses por los que se prostituyen.
8. Religiones que no religan y son instrumento de la violencia o la alienación de los sujetos, pues no le aportan la espiritualidad que les es tan necesaria.
9. Así, el mundo sufre como una breña de hilachas que por todas partes siente las tensiones o tirones de cada hilo que busca armonizarse o tejerse y cobijarse a sí mismo.

Sergio González (1996) se quejaba de que lo que él veía como las contradicciones de la crisis, por ejemplo: la ambiental, en la que el capitalismo con su tecno-ciencia triunfa, mientras el medio ambiente se degrada; la política, con la superación de la división en bloques este-oeste, pero produciendo una balcanización del mundo, incrementando la violencia y las guerras locales; las existenciales, respecto a un sentido de vida globalizado, en el que, al mismo tiempo, resurgen el integrismo, los nacionalismos y los fanatismos.

El cosmos, la naturaleza en su sabiduría ha predispuesto unas normas para trenzar y tejer, pero el hombre sin conocer —como un gato intruso que juega con ovillos de lana— ha enmarañado y hecho del proyecto de la humanidad algo en todo menos parecido a un buen tejido ideal, aquel soñado desde la misma naturaleza de los hilos. Su libertad, más que su razón, es la única que le puede ayudar en este momento de la historia a rehacer el tejido en su plan original. Pretender rehacer el deshilachado tejido social a punta de hilos de oro o de plata lleva a ahogar todo lo que hay de sangre y palabra en las personas.

Los intentos, logros y fracasos de un proceso no plenamente comprendido ni asumido

La definición de *desarrollo* se ha quedado corta y lo seguirá siendo mientras sea un “señor concepto” de élite, que solo tiene en cuenta lo social y se olvida de lo personal en su realización o aplicación, lo que obviamente toca con la educación y la escuela, y lo ético y lo moral, como prevén Teilhard, Morin, Boff, Kung, Gracia y, en cierta forma, el mismo Sen. El desarrollo será incompleto si no se mira desde la perspectiva amplia y holística de la cosmogénesis, la biogénesis, la antropogénesis y la noogénesis que proponen Teilhard y Morin⁶, y si no tiene en cuenta “el hacerse responsable” de Lonergan para realizarse en auténtica libertad. Si asumiéramos nuestra actitud de responsabilidad, podríamos evitar el desastre natural y toda la crisis ambiental que nos acorrala.

El progreso procede de los valores originantes, es decir, de los sujetos que son verdaderamente ellos mismos mediante la observancia de los preceptos trascendentales: sé atento, sé inteligente, sé razonable, sé responsable. Ser atento incluye el prestar atención a los asuntos humanos. Ser inteligente exige que se perciban las posibilidades hasta ahora desapercibidas o no realizadas. Ser razonable exige que

6 La potente coincidencia de estos pensadores se puede ver en *El fenómeno humano* (1982), de Teilhard de Chardin, que permite comprender que el desarrollo es una dinámica que se engarza en la responsabilidad por el planeta por el cosmos, por la sociedad y por la persona, no solamente por el programa político de optimización de recursos. Se necesita una capacidad de pensamiento “político” al estilo platónico para ser capaz de comprender el compromiso del desarrollo; es así como Morin plantea también el asunto en *El paradigma perdido* (1973), y recientemente en *La cabeza bien puesta* (1999), cuando habla de la crisis cultural.

se rechace lo que probablemente no producirá los resultados apetecidos y que se reconozca lo que probablemente los producirá. Ser responsable requiere basar las decisiones y elecciones sobre una evaluación imparcial de los costos a corto y largo plazo y de los beneficios que se seguirán, para uno mismo, para su propio grupo y para los demás grupos. (1994, p. 57)

Las experiencias recientes de la humanidad, analizadas desde las perspectivas del capitalismo y el socialismo, aunque excluyentes, han terminado en fracaso. La primera con su paradigma de enriquecer a los hombres y ponerlos a competir para obtener de cada individuo el mejor hilo de su naturaleza, es tan perversa como la segunda, que niega al individuo absolutizando lo colectivo, en tanto niega la ductilidad de cada hilo de entramarse como quiera y con quien quiera. Ambas, incapaces de ver la trascendencia de sus medidas y sus estrategias totalizantes, y de comprender que la parte es el todo y que el todo determina la parte, es decir, que todos y cada uno de los hombres ha de ser trenzado e hilado adecuadamente, pues todo debe ser adecuadamente tejido para que no se deshilache el tejido social, parecieran ser las razones del encallamiento ético y moral en el que parece que estamos (González, 1997).

Delegamos el derecho de planear y dibujar el desarrollo a otros, como si esto fuera una de esas intervenciones de tipo social en la que el individuo es un mero espectador de las ceremonias y rituales de los expertos. El desarrollo se refiere a todo y todos, por tanto, es menester tejer a dos agujas: la personal y la social; preferiblemente más que social, hablaríamos de comunitaria.

Se ha venido progresivamente madurando una concepción de desarrollo que ojalá se consolide en la línea que ha de ser; sin embargo, corremos el inmenso riesgo de que la “barbarie” y “la creciente de estupidez” política nos hagan correr por pistas equivocadas. En esa concreción del concepto, se pueden vislumbrar estos acercamientos históricos:⁷

7 El artículo de Roberto Follari “Sobre el concepto de desarrollo humano. Un largo y sinuoso camino” (1998) puede ser de utilidad al lector para entender esta secuencia, así como nos ha permitido presentar el tema a los estudiantes.

- Desarrollo como crecimiento económico. Engarzado en un conjunto de indicadores como el PIB, el IPC, el PNB y el indicador de Gini, que terminan llevando de la nariz a la gente con la idea de que en la vida estamos para tener dinero y bienes.
- Progreso. “Alcanzar los niveles de industrialización y tecnología de los países desarrollados”.
- Desmarginalización. Uno de los hechos del desarrollo cuando es puramente económico es la gran cantidad de seres humanos que quedan excluidos, el esfuerzo por excluir y por incluir a determinada población en el goce de un estado de bienestar.
- Liberación. De fuerte connotación latinoamericana. Se propuso como la superación de la opresión. Un oprimido es alguien a quien el sistema le impide llegar a la consciencia y superación de su condición de excluido.
- Desarrollo humano integral (DHI). Proviene del pensamiento social de la Iglesia católica. Con este se intenta integrar el progreso material al perfeccionamiento de dos tipos: el social y el cultural. Acogido por la ONU y su programa PNUD.
- Desarrollo humano integral sustentable (DHIS). Se incluye la relación con la naturaleza.

Desarrollismos sin desarrollo

La gente del común sigue anclada a la idea que vendieron —y siguen vendiendo— los economistas servidores del sistema injusto, quienes se conforman con un crecimiento inmenso de lo económico, que es como una gangrena que contiene pus e infecta a todas las otras dimensiones de la vida: el amor, lo espiritual. De esta manera, revelan cierto lo que Marx planteó en su manifiesto, que la familia es corrompida por las relaciones capitalistas volviéndolas vínculos comerciales. Esos expertos nos hablaron primero de “progreso”, y hasta hubo

una “alianza” para alcanzarlo, en la que algunos que se creían que lo habían logrado incitaban a los demás a alcanzar su estilo de vida, pero en realidad habían sufrido de gigantismo.

Después se habló de “modernizar”, luego, había que hacerse moderno, marchando sincrónicamente con los que iban adelante, pero no se dieron cuenta de que iban a la catástrofe, al abismo; se hundieron en la contaminación y otros efectos.

Más tarde llegó la idea de “desarrollo”, en la que pareciera haber certeza de su consolidación, pero la insuficiencia de estos conceptos —que es posible entenderlos desde la perspectiva del pensamiento complejo— radica en que la disputa de los saberes especializados nos ha alejado de la síntesis: la física y la biología se han distanciado de las ciencias sociales.

Esto se hace evidente cuando consideramos que, de modo reducido (operacionalizado, calculado y matematizado), el desarrollo se conceptualizó, y lo primero que ocurrió fue que con los conceptos milimetrados creamos categorías de seres humanos: *pobres*, *pobres absolutos*, *miseros*, etc., y a los grupos humanos los denominamos *países desarrollados* a unos o *en vías de desarrollo*, y a la mayoría *subdesarrollados*. Los nombres tienen lógica, pero lo único que dejaban ver es el ingreso; nos fijamos en lo que la categoría nos obliga a mirar, y allí, como con un bisturí, condenamos a la desaparición y la pérdida a los Carlos, Pedros, Marthas que quedan anónimamente incluidos en las cifras de los *pobres* o los *marginados*, para luego validar tales categorías con operaciones que suben o bajan según los artificios matemáticos o estadísticos del mercado. Por último, los sacralizamos con la compasión insensible ante el dolor, la muerte, la violencia, el golpe y la miseria, pues la ponemos intocable en el sagrario de la televisión, en la que indolora e inolora no nos afecta ni nos pone en alerta y siguen existiendo (Morin, 2001).

Desarrollo, un señor concepto

Desarrollo es uno de esos conceptos élites que se pasea por los pasillos y aulas de las universidades en las que los profesionales se preparan. Es uno de esos

términos evaluables en el glosario de egresados de la educación superior, que, por pretender ser de uso exclusivo de los especialistas —sobre todo los del Estado— se convierte en un tecnicismo que nada actúa. Según Morin, “mucho abstracción general despegada de lo concreto que no llega a formar un modelo” (González, 1996, p. 47), y esto se refleja exactamente en lo que ha pasado con los estudios sobre el desarrollo. Además, afirma:

El desarrollo mismo ha creado más problemas de los que ha resuelto y ha conducido a la crisis profunda de civilización que afecta las sociedades prosperas de occidente. Concebido únicamente de manera técnico-económica, el desarrollo está en un punto insostenible. Es necesaria una noción más rica y compleja del desarrollo, que sea no solo material sino también intelectual, afectiva, moral [...]. El siglo XX no ha dejado la edad de hierro planetaria, se ha hundido en ella. (p. 72)

El discurso sobre el desarrollo ha llegado a ser tan vacío por descuidar y olvidar lo social humano como el fin principal de la tarea de los tejedores sociales. Por esta razón, debiera ser popularizado, emerger de la democratización cognitiva, desde lo que cada individuo experimenta, como una necesidad vital de humanizarse, de poner en juego sus capacidades en un contexto que depende de su desarrollo, para que cada quien pueda entender y hablar de este como habla de sus amores, sus saberes o sus pobreza, porque esta carencia es algo que no se percibe exclusivamente con la razón, sino con el estómago y el bolsillo. Hay que ponerlo en boca del pueblo, para que desde la escuela básica lo demandemos como el derecho de derechos, y no dejar que otros sean los que definen nuestra ruta de desarrollo.

Desde una visión coherente de lo humano

Desarrollo como complejización

Cuando se plantea el *desarrollo* a partir de enfoques como *progreso*, *modernización* o *culturización*, aunque se reconoce lo social de lo humano y se utilizan indicadores como el PIB o el índice *per capita*, se está en una zona de mirada fría de lo humano:

visiones más estrictas del desarrollo en las que se identifica este con el crecimiento del PNB o con la industrialización, a menudo se pregunta si algunas libertades políticas o sociales, como la libertad de participación y disensión políticas o la oportunidad de recibir una educación básica, “contribuyen o no al desarrollo”. (Sen, 2006, p. 21)

Más allá de focalizar un aspecto tan humano como la libertad, tal como lo hizo Sen:

desde la perspectiva más del desarrollo como libertad, esta manera de plantear la pregunta tiende a pasar por alto una importante cuestión: estas libertades fundamentales (es decir, la libertad de participación política o la oportunidad de recibir una educación o una asistencia sanitaria básicas) se encuentran entre los componentes constitutivos del desarrollo. (p. 21)

Considero que debe expandirse a otros factores que hacen del humano un ser hipercomplejo. Además, a esa característica debe sumarse una mirada más compleja, en la que pongamos, por lo menos, algunos de los principios propuestos por Morin (1999)⁸:

- Holístico u holográfico. En el que se incluye la individualidad de cada uno de los humanos, su particular manera de habérselas con el mundo. Una mirada que es posible asumir desde el discurso ético, pero con otros indicadores, por ejemplo, se consolidaría el índice de felicidad, propuesto por la fundación New Economics de Inglaterra, en la que se incluyen la consciencia de *unicidad* y la *diversidad* de los seres personales; además de indicar que el desarrollo debe crear y potenciar, algo tan revolucionario como el paso que se dio del geocentrismo al heliocentrismo⁹.

8 Edgar Morin propone siete principios del pensamiento, primero en *El método III: el conocimiento del conocimiento* (1994), pero de una manera más sencilla y clara en *La cabeza bien puesta* (1999). Aquí solamente hago un ejercicio de pensamiento analógico con esa propuesta.

9 “Permitir a cada uno la experiencia personal que vivió Morin: cada persona es un proyecto, un destino partícula que se construye lentamente y se hila como una historia, y esto se debe respetar

- Sistémico y organizado. “La organización de un todo produce cualidades o propiedades nuevas en relación con las partes consideradas de forma aislada: las emergencias” (Morin, 1999, p. 98). Duele ver la organización del Estado no para el desarrollo, sino para la burocracia, la gula; se decía hace poco que en nuestro país hay tantas excepciones de impuestos como lobistas y políticos. De modo que la organización del Estado¹⁰ no corresponde a la constitución de los sujetos o las comunidades —sin ilación no puede haber tejido—. En general, puedo decir que no se ha apropiado la concepción de *sistema abierto*, porque todavía se mira de modo unicausal, segmentado con aparatos que no conversan entre sí. Un ejemplo es la educación, que se declara una necesidad básica fundamental y de urgencia emergente, pero el dinero requerido para su transformación no es dado por el ministerio pues este tiene otra prioridad; y así cada uno se considera cabeza, hasta armar un monstruo multicéfalo que devora cualquier recurso que honestamente dan los ciudadanos.

- Retroactivo y retroalimentador. “La homeostasis de un organismo vivo es un conjunto de procesos reguladores basados en múltiples retroacciones” (Morin, 1999, p. 99). Imaginemos el ideal de un Estado en el que su cabeza, el gobierno, “atiende” la protesta, los reclamos y las demandas de sus asociados, sería el país de la legitimidad, pero no ocurre así, los gobernantes crean nuevos y más sofisticados aparatos de control que coaptan y asimilan al desorden que crean el justo orden que intentan provocar los ciudadanos; hasta el homicidio y la guerra son herramientas del Estado, atenazado con lo económico, para mantener el orden de miseria en que nos movemos¹¹.

y no solo respeto sino que lo social debe tener como objetivo y apuntar, propender por ello en cada una de sus estrategias” (Morin, 2001, p. 9).

10 Un ejemplo de nuestra realidad es que los ministerios, que se suponen constituyen el orden básico para atender a los asociados al Estado, son nidos de corrupción y de repartición del botín de la burocracia, y con ese orden político se arma más una tenaza que ahorca a los ciudadanos, invirtiéndose el sentido de la organización, que no es para ministeriar (servir), sino para controlar y robar.

11 Yuval Harari propone una profundización de esto en sus dos libros: *Homo deus* (2015) y *21 lecciones para el siglo XXI* (2018).

- **Recursividad.** “Un sistema no puede reproducirse salvo que nosotros mismos nos convirtamos en los productores del sistema al acoplarnos” (p. 100), es decir, somos víctimas de nuestro propio invento. ¿Por qué siguen estando en el gobierno las mismas clases, grupos y personas?, ¿por qué la pobreza es el resultado del trabajo de millares de personas que entregan lo mejor de sí? Digamos que este principio explica nuestra incapacidad de vivir la política como participación y gestión, porque vivimos en el simulacro de la política como representación.
- **Auto-eco-organización.** Digamos que buscamos ser nosotros en el contexto de una patria en la que nos organizamos, pero todo fracasa cuando los recursos de ese entorno no le pertenecen a quienes lo trabajan, lo poseen, sino al nombre del titular. Entonces, esa economía que suponía que con la capitulación o empoderamiento de los recursos a quien los puede trabajar generaría su desarrollo y el de su entorno, se cae, porque la propiedad privada en Colombia, especialmente en el campo, es la traba que nunca permitirá a las personas su autonomía, ni siquiera alimentaria.
- **Dialogicidad.** Dice Morin, “bajo las formas más diversas, la dialógica entre el orden, el desorden y la organización, a través de innumerables inter-retroacciones, está en constante acción en los mundos, físico, biológico, y humano” (p. 100), y deduzcamos que de lo político; es decir, la contradicción es natural, somos corpúsculos y ondas, somos razones y deseos, somos promesas e intenciones. Entonces nada puede ser definitivo, todo debe estar en diálogo, franco y abierto; un juego limpio entre los intereses de todos, y no un gana yo, pierdes tú.
- **Principio de reintroducción.** “Todo conocimiento es una reconstrucción/traducción que hace una mente/cerebro en una cultura y un tiempo determinados” (p. 101). Esto lo tenemos claro cuando decimos “el que no conoce su historia, está condenado a repetirla”, es decir, si el pueblo no conoce y entiende su tiempo y su espacio, el que le tocó vivir, irá para donde le indiquen vivir. Quizá en la aplicación honesta de este principio estaría la clave para desencadenar la comprensión compleja de lo político

y, por ende, del desarrollo. Si no permitimos la participación *consciente* (ilustrada), siempre tendremos borregos que llevar al matadero.

Cuando propongo hablar de desarrollo como complejización o tejido, espero que se abra la posibilidad de aplicarse en dos ámbitos por medio de una bisagra: *hilarse* o *trenzarse*, por la línea de lo individual personal o proyecto de vida, y *tejerse*, respecto a lo social, grupal, colectivo; esto se entrecruzan gracias a la *responsabilidad por mí mismo*. El tejido está relacionado con el vestido como segunda piel, para proteger la vida; pero es también, biológicamente hablando, un conjunto de células especializadas que, a modo de hilos, se trenzan para formar una tela o *tejula*. Complejizar es y quiere entenderse como *tejer* (del latín *texere*; *tegere*: cubrir, ponerle tejas o cubierta), pues la realidad es *complexa* (entramada, entrelazada), es un paño de diferentes naturalezas y niveles.

La propuesta de pensamiento de Morin (2001) es clave y pertinente para concluir o comprender que

la complejidad aparece allí donde el pensamiento simplificador falla, pero integra en sí misma todo aquello que pone en orden, claridad, distinción, precisión en el conocimiento. Mientras que el pensamiento simplificador desintegra la complejidad de lo real, el pensamiento complejo integra lo más posible los modos simplificadores de pensar, pero rechaza las consecuencias mutilantes, reduccionistas, unidimensionales, y finalmente cegadoras de una simplificación que se toma por reflejo de aquello que hubiere de real en la realidad. (p. 22)

Desde ahí, lo *social* no es ni la sumatoria de individuos abandonados cada uno a su libertad ni la posibilidad de desarrollar sus capacidades, como lo propone Amartya Sen, pero tampoco es una "organización" de funcionarios apilados en una dirección productiva que retrotraen para sí parte del producto de la producción con la sensación de frustración, y de que hubiera sido mejor actuar egoístamente. Lo social eminentemente es un *sistema*, en el que cada uno se abre a otros con la actitud fundamental de cuidado o de responsabilidad, dos conceptos tan imbricados como la cara y la cruz de cualquier moneda.

Pensemos en la dificultad que vivimos hoy para que haya *constancia* en la vela de la vida humana, que obviamente se aclara cuando vemos que las formas y productos con los que nos alimentamos y la manera en la que lo hacemos son productos de la cultura, de las relaciones de violencia, odio, injusticia, explotación o engaño que, en síntesis, están en total descuido, lo que nos pueden llevar, como lo prevé Morin (2001), a un punto en que la sociedad se desestabiliza y perece.

Igualmente, desde esa postura, *desarrollar* implica comprender a los humanos como sistemas vivientes, abiertos, que dependen e interactúan con la alimentación o la energía exterior; entiéndase alimentos no como los nutrientes, sino —y esencialmente— los *cuidados* de que es objeto; de modo que se abre la posibilidad de reafirmar que la psique, el logos de todo, está en el afecto, en la capacidad de amar. Así que proponerse la tarea del desarrollo mira por un lado a hilarse, trenzarse, para que cada uno deje de ser un manojo de datos y realidades, y se convierta en un hilo específico de un sistema; y, por otro lado, que cada hilo se abra a ser tejido con otros en múltiples relaciones, que se devuelven a sí mismos como una especie de colcha o cobija que protege al hilo.

Por eso el desarrollo puede ser —y propongo que sea entendido como— tejer, como complejizar, pues de lo que se trata, como lo decía Pablo VI, es de entramar de tal modo que todos los hombres puedan obtener protección o calidad de vida. El término *desarrollo* es una de esas realidades de las que dice Morin: “es complejo aquello que no puede resumirse en una palabra maestra, aquello que no puede retrotraerse a una ley, aquello que no puede reducirse a una idea simple” (2001, p. 21).

Puesto que “la ambición del pensamiento complejo es rendir cuenta de las articulaciones entre dominios disciplinarios quebrados (formación, desarrollo personal, desarrollo social, economía, etc.) por el pensamiento disgregador” (p. 22), esperamos que el esfuerzo sea entender las dos vertientes del desarrollo: lo personal y lo social.

Sin humanos ¿para qué el desarrollo?

Hacer de cada hilo una parte importante, permitir a cada hebra ser un elemento único, diferente, algo que será parte de una ruana, una cobija o un tapiz, así debería ser el desarrollo en la dimensión de lo personal: formar hilos para un tejido, no puede ser de otro modo. Esto ya hace muchos años lo planteó Teilhard (1982):

Cada elemento del cosmos está positivamente entretejido con todos los demás: por debajo de sí mismo, gracias al misterioso fenómeno de la "composición" que le da subsistencia desde el extremo de un conjunto organizado y por encima, gracias a la influencia experimentada por efecto de las unidades de orden superior que la engloban y dominan para sus propios fines. Es imposible romper esta red, imposible aislar una sola de sus piezas sin que se deshilache toda ella y se deshaga por todos sus extremos. (p. 58)

Leyendo esto no cabe menos que rendirse ante la inmensidad del trabajo formativo de todos y cada uno de los seres humanos, ¡que grandioso espectáculo!: no puede haber evolución sin el trabajo en la unidad del tejido: la persona humana.

Pero las hilachas que apreciamos hoy se deben en gran parte a la pobreza de lo que entendemos por *ser hombre*, a la pobreza de lo que entendemos por *formar un hijo*, un *discípulo*, un *creyente* y un *ciudadano*, en fin, un *hombre*; y esta idea, que esboqué hace tiempo, hoy la ratifico:

El pensamiento antropológico occidental, altamente inducido por los pensadores europeos positivistas, ha hecho pensar al hombre en términos de verdades empíricas racionalistas, las ciencias humanas mordieron el anzuelo de una pretendida veracidad asegurada por la aplicación del método científico positivista; fue así como la psicología, la antropología, la economía, la sociología y por ahí mismo la ética rompieron sus nexos epistemológicos y también al hombre, en trozos cada una se llevó una porción a su guarida y bien resguardadas, dotadas del mejor instrumental quirúrgico proporcionado por el método científico y la epistemología reduccionista,

se dieron a la tarea de comprender al hombre llevando a un primer error: el reduccionismo simplista. (Silva, 1997, p. 68)

Con una mirada antropológica miope y desenfocada, el sujeto de desarrollo se nos escapa como el agua entre los dedos, ya que no es posible desarrollo alguno sin la justeza de una comprensión de lo humano. Por ello, para entender y plantear el *desarrollo* hay que fundamentarse en una concepción antropológica coherente y pertinente. Desafortunadamente, la perspectiva que hemos tenido ha oscilado entre extremos de evolucionismos que van desde plantear al hombre como una criatura que alcanzó el bipedismo y es “erectus”, pero con mucho de animal, hasta que está dotado de una “sobrenaturalidad” humana, que varía entre no considerarlo totalmente animal —porque no encaja en lo que se considera celestial—, pero tampoco es completamente ángel, pues transpira su animalidad. Entonces, a veces se opta por la vía rápida del reduccionismo y el facilismo —que ha traído unas consecuencias terribles—: desencarnarlo de lo ecológico, divinizándolo y considerándolo la criatura más perfecta y sabia.

Lograr una mecanización de lo humano pareciera que fuese el propósito del desarrollo, y todavía, respecto a la salud y la educación, entendemos lo humano como un artefacto. De modo que hemos forzado la realidad humana a encajar en el concepto que previamente construimos, perezosamente dejamos de profundizar en la realidad humana y lo *unitas multiplex* nos es aún demasiado extraño, pues le quitamos la posibilidad de autopoiesis, es decir, responsabilizarse hacia lo alto y construirse; hacia abajo o encarnarse hacia lo natural; o hacia los lados y responsabilizarse de la comunidad. Lo que menos hemos apropiado de nuestra condición es la responsabilidad, y es tan fundamental que no puede haber desarrollo, en tanto ilación como tejido, si no está la acción de asumirse o responsabilizarse del que nos habla, no solo Lonergan y Morin, sino el ser capaz del que hablan Ricoeur¹², Lipovestky o Frankl.

12 En la obra *Caminos del reconocimiento* (2005), un apartado con el título “La fenomenología del hombre capaz”, desarrolla de modo extenso esta idea.

Afortunadamente hay una línea de pensamiento antropológico más coherente, en la que se funden las ideas de Teilhard y Morin. Por un lado, el primero, nos lleva paso a paso en un papel de guía paleontológico hacia la comprensión de dos elementos clave: la individualización como nota de la evolución, atribuible al humano, y la socialización como proceso, también evolutivo, pero creativo de los grupos; y por otro, Morin, en el más excelente ejercicio de transdisciplinariedad con el que actualiza las reflexiones de Teilhard. Por eso propongo este piso o cimiento para construir una propuesta sobre el desarrollo; es un intento de comprender lo humano desde una perspectiva más compleja —más tejida, menos deshilachada—, y por tanto más coherente con su identidad.

El hombre, debe ser observado como un ser vivo entre otros seres vivos, [...] aquello a lo que denominamos hombre debe ser contemplado como un sistema genético-cerebro-sociocultural, cuyos elementos integrantes, a saber, la especie, la sociedad y el individuo, ya reconocemos desde hace tiempo, pero que no siempre logramos vincular entre sí. (Morin, s. f., como se citó en Silva, 1997, p. 70)

Así, el desarrollo del ser humano es producto de la interacción de su constitución genética, su manera de pensar y su entorno, tres variables que, a su vez, se diversifican en miles de posibilidades, frente a lo cual lo único que nos cabe comprender es que somos únicos e irrepetibles, somos una poesía que jamás se ha escrito y jamás se escribirá de nuevo, somos poietai de nuestra existencia:

Tú sabes que la idea de poiésis (creación) es algo múltiple, pues en realidad toda causa que haga pasar cualquier cosa del no ser al ser es creación, de suerte que también los trabajos realizados en todas las artes son creaciones y los artífices de éstas son todos poiétai (creadores)...Pero también sabes —continuó ella— que no se llaman poietai, sino que tienen otros nombres y que del conjunto entero de la creación se ha separado una parte, la concerniente a la música y al verso, y se la denomina con el nombre del todo. Únicamente a esto se llama, en efecto, "poesis" y "poietai" a los que poseen esta porción de creación. (Platón, 1998, p. 108)

Efectivamente, la idea de poiesis es poderosa, además de múltiple, para comprender la tarea de cada ser humano frente a su destino, respecto a su propio ser, volveré sobre ella. Asimismo, ese hacer-se lo he señalado como la autopoiesis:

La formación personal, que desde nuestra perspectiva no puede ser sino auto, por lo poiética implica algo que está expresado en los autores de la siguiente manera: “Si en un sistema vivo no se cumpliera (directa o indirectamente) la subordinación de todo cambio a la conservación de su organización autopoieticas, dicho sistema perdería ese aspecto de su organización que lo define como unidad y, por ende, se desintegraría [...] lo peculiar de los sistemas vivientes no es su posibilidad de desintegrarse, sino el hecho de que se desintegran siempre que pierden su organización autopoieticas”. (Maturana y Varela, 2003, p. 77)

De lo cual me permití concluir:

Lo cual quiere decir que un adolescente o un joven que no trabaja para marcar su individualidad, para reafirmar su identidad y unicidad corre el riesgo de desintegrarse como sujeto. No tener o perder la organización interna es correr el riesgo de desintegrarse, de no ser. (Silva, 2015, p. 102)

Eso es lo que dramáticamente pienso que ocurre: a velocidades vertiginosas la familia, la escuela, el Estado y la cultura homogenizan y estandarizan las identidades y las procesan, logrando lo que artísticamente se ve en la película *The wall* (1982), basada en la música de Pink Floyd. Si la cresta de la evolución se alcanzó por la autonomía y la unicidad de cada sujeto de la especie, hoy, en un bucle en retroceso —como estrellados contra la pared del laberinto de la evolución—, hacemos un remolino con nuestras identidades perdidas. No habrá desarrollo ni evolución mientras los humanos seamos una homogenización del prototipo que, desde la cultura, mata la diversidad genética que afloró; pero esto no es nuevo, basta releer el *Hombre unidimensional* (1964), de Herbert Marcuse, para comprender en mayor profundidad este asunto.

Luego, para salir del remolino, habría una luz, si entendiéramos que, lo propone Teilhard (1982):

Las cosas tienen su interior, su "respecto de sí mismas", podríamos decir, y este presenta sus relaciones definidas, sean cualitativas, sean cuantitativas, con los desarrollos que la Ciencias reconoce a la Energía cósmica [...] el hombre, respecto al cual no puede esquivarse en modo alguno la existencia de un "interior", toda vez que éste constituye el objeto de una intuición directa y la trama misma de todo conocimiento. (pp. 70-71)

Dicho de otro modo, mientras sigamos haciendo el juego a la concepción de que el hombre es materia, dato y combustible de la falsa evolución, lo único que ganaremos será retroceso; desgraciadamente el peor daño, y la principal causa de que el desarrollo no avance, es precisamente esa mirada que desconoce en lo humano la interioridad que da la individualidad, eso que Teilhard intenta asimilar con la expresión *energía*. Atónitos, incrédulos y desconcertados de cómo hemos negado y desconocido nuestro interior acogemos la expresión de Teilhard:

En el fondo de nosotros mismos, sin discusión posible, se nos presenta, a través de una especie de desgarró, un interior en el corazón mismo de los seres. Ello es suficiente para que, en uno u otro grado, este "interior" se nos imponga como existente en todas partes y desde siempre en la naturaleza. Dado que en un punto determinado de ella misma la Trama del Universo posee una cara interna, resulta indiscutible que el bífaz por estructura, es decir, en toda región del espacio y del tiempo, de la misma manera que es, por ejemplo, granular: coextensivo a su Exterior, existe un interior de las cosas. (p. 73)

Hay algo que intuimos en ese planteamiento de Teilhard, que estalla en la unicidad de cada ser como un haz de luz de un juego pirotécnico, y fugazmente desaparece dejando una huella en la imaginación, y que tiene que ver con lo que comúnmente llamamos el *espíritu*.

La concentración de una conciencia, podríamos decir, varía en razón de la simplicidad del compuesto material, al que dobla. O también: una conciencia resulta tanto más acabada cuanto que dobla un edificio material más rico y mejor organizado. Perfección espiritual (o centreidad consciente) y síntesis material (o complejidad) no son sino las dos caras o mitades entrelazadas de un mismo fenómeno. Se podría decir que cada ser está construido (en el plano fenomenológico) como una elipse, sobre dos focos conjugados: un foco de organización material y otro de centración psíquica, ambos variando solidariamente en el mismo sentido. (p. 77)

Posteriormente, Morin nos llevará a pensar del hombre como:

un ser con una afectividad intensa e inestable, que sonríe, ríe y llora, ansioso y angustiado, un ser egoísta, ebrio, estático, violento, furioso, amoroso, un ser invadido por la imaginación, un ser que conoce la existencia de la muerte y que no puede creer en ella, un ser que segrega la magia y el mito, un ser poseído por los espíritus y por los dioses, un ser que se alimenta de ilusiones y de quimeras, un ser subjetivo cuyas relaciones con el mundo objetivo son siempre inciertas, un ser expuesto al error, al yerro, un ser úbrico que genera desorden. Y puesto que llamamos locura a la conjunción de la ilusión, la desmesura, la inestabilidad, la incertidumbre entre lo real y lo imaginario, la confusión entre lo objetivo y lo subjetivo, el error y el desorden nos vemos compelidos a ver al *homo sapiens* como *homo demens*. (s.f.a, p. 131)

Para quien dude que esto es así, simplemente asómese a un salón de clase de sexto o séptimo grado sin profesor y comprobará que de *sapiens* poco, de *demens* mucho. Aún más no solo complejidad, sino hipercomplejidad:

el enorme crecimiento de complejidad que se opera en el cerebro del sapiens, es decir, el paso la hominización a la humanidad, corresponde a un nuevo salto cualitativo, el de la hipercomplejidad. Distinguiremos entre hipercomplejidad y complejidad no mediante una frontera, sino a través de la acentuación de ciertas características, la atenuación de ciertas otras, acentuación y atenuación que modifican la configuración del conjunto, el cual a partir de este momento puede

ser considerado como un sistema de nuevo tipo. En este sentido, un sistema hipercomplejo es un sistema que disminuye las coacciones al aumentar sus aptitudes organizativas, es en especial su capacidad para el cambio. (p. 139)

Que distantes y dispersos andamos los agentes de formación humana, cuando creemos que los que están a nuestro encargo son solo máquinas programables para encajar en el sistema.

En complemento de lo que piensa Teilhard y Morin, se establece una relación entre la *autoorganización* y los niveles de complejidad, precisamente la que estábamos esperando para concretar esa concepción de hombre que se precisa para el desarrollo, pues eso permite que, a partir de los indicadores de autoorganización traducidos como indicadores de desarrollo, la autonomía, la individualidad, el equilibrio ecológico y otros, se pueda comprender de modo distinto el tema.

En coherencia con lo que dice Morin (1996), dependiendo del grado de autoorganización se da un nivel de complejización y de este depende el de desarrollo de una comunidad o grupo (Morin, 2001). Lo viviente por *auto-organizado* y *auto-reproductor* va más allá de hacerse máquina, "artefacto", y requiere un *re-conocimiento* de su naturaleza peculiar y diferente. Esta concepción, visión o percepción que se ha ido consolidando la proponemos a partir del concepto *autopoiesis*.

Aprehendamos a hacernos responsables de nuestros actos siendo en cada instante responsables de ellos. La responsabilidad se da cuando nos hacemos cargo de si queremos o no queremos las consecuencias de nuestras acciones y actuamos de acuerdo a ese querer o no querer. La responsabilidad pertenece a la cordura, no a la razón. Frente a la discrepancia que niega al otro, si queremos la convivencia con él o ella salgamos del dominio del discurso que la constituye y validemos en nuestro vivir ese deseo de convivencia. Sí, es así de sencillo, no hay acción sin deseo, y no hay acción responsable ni libre sin conciencia de lo que se quiere. (Maturana, 2002, p. 269)

Referencias

- Boff, L. (2002). *El cuidado esencial*. Trotta.
- Camps, V. (1996). *El malestar en la vida pública*. Grijalbo.
- Corripio, F. (1973). *Diccionario etimológico general de la lengua castellana*. Bruguera.
- Frankl, V. (2002). *La voluntad de sentido*. Herder.
- Follari, R. (1998). Sobre el concepto de desarrollo humano. Un largo y sinuoso camino. *Nueva Sociedad*, (158), 87-98. <https://bit.ly/37Ow44z>
- González, S. (1996). Edgar Morin y la política contemporánea, En *Memorias del seminario sobre la complejidad en el área de formación lasallista*. Universidad de La Salle
- González, J. (1997). *Ética y libertad*. Fondo de Cultura Económica.
- Harari, Y. N. (2015). *Homo deus*. Debate.
- Harari, Y. N. (2018). *21 lecciones para el siglo XXI*. Debate
- Kung, H. (1996). *Ser cristianos*. Trotta.
- Lipovestky, G. (1994). *El crepúsculo del deber*. Anagrama.
- Lonergan, B. (1994). *Método en teología*. Sígueme.
- Marcuse, H. (1964). *One-dimensional man: studies in the ideology of advanced industrial society* (El hombre unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada). Beacon Press.
- Maturana, H. (2002). *El sentido de lo humano*. Dolmen Ediciones.
- Maturana, H. y Varela, F. (2003). *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: la organización de lo vivo*. Universitaria Lumen.
- Morin, E. (1994). *El método III: el conocimiento del conocimiento*. Cátedra.
- Morin, E. (1999). *La cabeza bien puesta*. Nueva Visión.
- Morin, E. (2001). *Introducción al pensamiento complejo*. Cátedra.
- Morin, E. (2006). *El método 6: ética*. Catedra.
- Morin, E. (s.f.a). El paradigma perdido [1973].
- Morin, E. (s.f.b). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Magisterio.
- Morin, E. (2008). *Una política de civilización*. <https://bit.ly/33m68Kz>
- Pablo VI. (1967). *Populorum Progressio: sobre la necesidad de promover el desarrollo de los pueblos*. <https://bit.ly/3iZwoiW>

- Parker, A. (directores) (1982). *Pink Floyd: The Wall* [película]. Metro-Goldwyn-Mayer.
- Platón. (1998). *Diálogos* (tomo III). Ediciones Universales.
- Sen, A. (2006). *Desarrollo y libertad*. Planeta.
- Silva, J. (1997). Hombre y acción en la ética compleja. *Revista de la Universidad de La Salle*, (25), 67-77. <https://bit.ly/3jCvtoR>
- Silva, J. (2015). La formación universitaria como experiencia autopoiética. *Impertinente*, 97-110.
- Teilhard, P. (1982). *El fenómeno humano*. Taurus.